

José Luis Álvarez

La política como empresa familiar

La elección de Ana Botella como alcaldesa de Madrid, la reciente sucesión del presidente de la Diputación de Ourense José Luis Baltar (quien como el Frank Skeffington de *The last hurrah* no dejó de asistir a todos los funerales que pudo en su territorio) por su hijo Manuel o el papel actual y futuro ascenso de Oriol Pujol en la jerarquía de *Convergència* ejemplarizan el interesantísimo fenómeno de familias –agrupaciones basadas en el parentesco– en la política. En ocasiones, llegan a ser sagas que abarcan varias generaciones, como los Daley de Chicago o los Gandhi en India.

No sólo encontramos familias políticas en democracia. Son también abundantes en dictaduras. A veces exitosas como los Kim Jong en Corea del Norte; otras fallidas, como los Mubarak y Gadafi. A veces son hermanos, como los Castro en Cuba y como, otra vez en democracia, el clan de los Kennedy o los hermanos Carod-Rovira. Otras veces son matrimonios o parejas, como Carmen Romero, diputada por Cádiz, y su ex esposo Felipe González; como Joan Saura e Imma Mayol en la izquierda catalana; o los Kirchner, cuyo hijo Máximo ha liderado las organizaciones de masas peronistas. A veces esos matrimonios son de origen predominantemente afectivos, que sólo se convierten en políticos de manera sobrevenida, como Corazón Aquino tras el asesinato de su marido Ninoy. Otras tienen una dimensión política añadida desde un principio, como los Clinton. A veces el complemento de una esposa política es tan exitoso que se insiste en el diseño con independencia de la persona, como Juan Domingo Perón, primero con Evita y después con M.^a Estela. En ocasiones el apoyo familiar es de varios grados de parentesco: se hablaba de un primo del ex presidente Zapatero como su *consigliere* más influyente. Y, por supuesto, ¿qué mejor ilustración de la familia como empresa política que la monarquía?

Sí, como la ciencia ha confirmado, la personalidad política, el liderazgo, no se hereda vía consanguinidad –como tampoco se hereda la capacidad empresarial–, ¿por qué existen tantas familias como empresas políticas?

La explicación sí tiene que ver con la genética. Pero no la inmediata, la familiar, la fenotípica, que se hereda de la familia

en uno o dos grados, de padres o abuelos –ya que esta es más débil que los condicionantes del entorno–, sino la herencia de todos nuestros predecesores, la de la especie, la genética común, la imperecedera.

Imagínese el lector a sí mismo hace alrededor de 70.000 años, cuando era miembro de una tribu de unas cien y pico personas y aspiraba a su liderazgo –no haga ese ejercicio de imaginación la lectora:



JORDI BARBA

entonces todos los líderes eran varones, como por ley, todavía, 70.000 años después, la jefatura del Estado español-. ¡Así ha avanzado la humanidad! Su tribu estaba dividida en familias de unas 10-12 personas que convivían y trabajaban juntas. El liderazgo de las tribus no se conseguía entonces por herencia, por decisión de un consejo de ancianos o por votación, sino por la combinación de dos mecanismos. Uno eran las peleas entre los candidatos,

la fuerza física. Otro eran las capacidades políticas, maquiavélicas, de los candidatos: predecir con acierto las futuras reacciones del contrario, la capacidad de fingir comportamientos para llevar al competidor a tácticas equivocadas y la capacidad de establecer coaliciones.

Sin embargo, el liderazgo de las tribus, por razón de esos mismos mecanismos, era inestable. Si el lector fuese el líder, lo que haría, como así hacían, sería rodearse en la dirección de la tribu de aquellos que le merecieran mayor confianza, y estos eran los miembros de la familia, la cual se convertía en algo así como el comité de dirección tribal. Las ventajas de ser miembro de la familia dirigente eran importantísimas: tenían prioridad para alimentarse con las porciones con un mayor contenido proteínico, y así asegurarse la transmisión genética.

Desde hace 70.000 años a los humanos les cuesta ejercer el poder sin estar rodeados de *uno de los nuestros*, y nada produce tanta seguridad como la familia.

El problema de aquellas familias es que eran todavía más inestables que las actuales.

A los problemas habituales, todavía contemporáneos, con hermanos, cuñadas, yernos (estos siempre son un problema, nunca se fie el lector, tampoco la lectora, de ellos, por buena planta que tengan), había que añadir los derivados de una promiscuidad desatada por lo que el líder, para intentar asegurar la lealtad de su familia, les otorgaba prebendas añadidas: bienes materiales, relaciones sociales, el monopolio de alguna actividad tribal, etcétera. Y así instauraban la injusticia social en sus tribus.

La abundancia de familias en política es fascinante por lo que revela de la naturaleza de la política. Son frecuentes porque los líderes tienen terror a perder el poder, lo que les lleva a rodearse de aquellos más cercanos, cuya fidelidad –por si acaso– tratan de asegurar con patronazgo. Por tanto, el criterio espontáneo, instintivo, de los líderes en la formación de sus equipos no será la competencia o el mérito, sino la lealtad que se premia con favores, lícitos o no. Por eso, en política, como en las empresas, especialmente las familiares, la ética es antiintuitiva, difícil. Sí, es antinatural. Porque si fuera fácil no sería virtuosa. ●